



Anuario de Historia de la Iglesia

ISSN: 1133-0104

ahig@unav.es

Universidad de Navarra

España

Navarro, Francisco Javier

La ecúmene romana abierta a la predicación de San Pablo  
Anuario de Historia de la Iglesia, vol. 18, 2009, pp. 207-217

Universidad de Navarra

Pamplona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35512039014>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# La ecúmene romana abierta a la predicación de San Pablo

The Roman ecumene as receptive to St. Paul's preaching

Francisco Javier NAVARRO

**Resumen:** Entre los años 45 y 58 San Pablo predicó intensamente por toda la cuenca del Mar Egeo y la Península de Anatolia, logrando una amplia y rápida difusión del cristianismo. Entre otras cosas, ello fue posible gracias a una profunda transformación cultural que se estaba operando en todo el Mediterráneo y que era impulsada por los primeros emperadores romanos: la creación de una ecúmene romana que facilitara la libre circulación y la promoción de personas e ideas por todos los rincones del Imperio.

**Palabras claves:** Imperio romano, integración provincial, helenismo, San Pablo

**Abstract:** Between the years 45 and 58, St. Paul preached intensively throughout the Aegean Sea basin and the Anatolian peninsula achieving a rapid and widespread diffusion of Christianity. This was possible, among other things, due to a deep cultural transformation promoted by the first Roman Emperors throughout the Mediterranean regions; namely, the creation of a Roman ecumene that would facilitate the unrestricted circulation and promotion of people and ideas to the far ends of the empire.

**Key words:** Roman Empire, provincial integration, Hellenism, St. Paul

En la tarde del 28 de junio de 2007, Su Santidad Benedicto XVI en las primeras vísperas de la solemnidad de San Pedro y San Pablo, celebradas en la basílica de San Pablo Extramuros, procedió a proclamar la celebración de un año paulino para conmemorar el bimilenario del nacimiento del Apóstol. En su alocución, el Santo Padre señalaba que «por último, durante la celebración de los diversos momentos del bimilenario paulino, se deberá cuidar con singular atención otro aspecto particular: me refiero a la dimensión ecuménica. El Apóstol de los gentiles, que se dedicó particularmente a llevar la buena nueva a todos los pueblos, se comprometió con todas sus fuerzas por la unidad y la concordia de todos los cristianos».

Aunque el Papa se está refiriendo, obviamente, a la unidad de los cristianos; el término que emplea para señalarlo –del latín *oecumene*– es sin duda uno de los grandes legados de la Antigüedad a la historia de la Iglesia, pues recoge como ningún otro las ansias de unidad que es una de sus notas características. Fue Roma, sin duda, la primera cultura que

entendió a la Humanidad como un conjunto único, integrado por una multitud de personas singulares y cuyos rasgos étnicos, lingüísticos o geográficos eran meramente transitorios y en absoluto determinantes. La historia del pueblo romano no fue otra que la de lograr un gobierno único para esa ecúmene que los escritores latinos llamaban también el *orbis terrarum*<sup>1</sup>. Esta concepción singular, que ahora detallaremos, estaba en plena expansión, circulaba de boca en boca, en el momento en que el cristianismo comenzaba a difundirse por todo el Mediterráneo, facilitando la difusión de la nueva religión en miles de ciudades y pequeñas comunidades de todo tipo.

La primera vez que en la literatura clásica se usa el término griego *oikumene* es entre los filósofos milesios del siglo VI a.C., y en los estudiosos de la física de los años posteriores, significando la superficie de la tierra o una parte de ella. Desde entonces, el término ha ido evolucionando, cargándose de sentido: pronto comenzó a indicar la superficie de la tierra habitada, para distinguirla de aquella que no lo estaba, separando así entre distintas partes de la tierra. Seguidamente los griegos acapararon el término para indicar con él todo el ámbito de influencia cultural helénica, separando de ellos a los pueblos de tradición bárbara. Pero en época romana, el término comenzó a ampliar su campo de significación, al identificarse poco a poco con toda la humanidad, entendiendo al hombre como un ser singular en el que sus condicionantes externos de religión, cultura o tradiciones históricas, no debían de imponerse por encima de su condición de ser humano: la ecúmene será a partir de entonces el espacio en el que habitan los hombres de todos los tiempos y de todas las naciones, o sea todo el *orbis terrarum*.

Cuando San Pablo comenzó su predicación por la cuenca oriental del Mediterráneo entre los años 46 al 58, Roma estaba transformando el mundo entonces conocido en un profundo proceso de integración. Desde décadas atrás los gobernantes romanos se habían esforzado por cohesionar en una única sociedad la multitud de pueblos y razas que se agolpaban dentro de los límites del Imperio. La eficacia militar de las legiones romanas había logrado crear un estado complejo que se extendía sobre inmensas superficies y dirigía la vida de millones de personas de lenguas, razas, costumbres y tradiciones muy distintas. Un estado que no hubiera podido funcionar si sólo se apoyaba en unas fuerzas de choque, excepcionales pero limitadas, y que no podían mantenerse siempre con total eficacia. Los emperadores del siglo primero comprendieron muy pronto que la estabilidad del Imperio debía descansar en lograr una total integración de todas sus partes y de todas sus gentes: en conseguir que un britano, un hispano o un egipcio, sin dejar de ser lo que eran y sin abandonar sus tradiciones ancestrales, se sintieran igualmente miembros de la comunidad y de una sociedad organizada como la que ofrecía Roma. Y el logro de ese proyecto otorgó al Imperio romano siglos de estabilidad y una perdurabilidad difícilmente superables.

San Pablo fue sin duda un hijo de ese intento: él integraba como ninguno la riqueza cultural de su época. Nacido en la diáspora, en Tarso, la capital de la provincia de Cilicia, hablaba perfectamente el griego, con tal calidad que un día pudo atraer y sostener la atención de los habitantes de Atenas, que se tenía por entonces como la capital del saber y era autora del dialecto más extendido por el Mediterráneo: el llamado griego *koiné*. Cuando, más tarde en

---

1. Hans DREXLER, *Politische Grundbegriffe der Römer*, Darmstadt 1988.

el año 58 San Pablo fue apresado en Jerusalén, en las escaleras de la torre Antonia pudo dirigirse a sus habitantes en hebreo con las siguientes palabras: «Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, educado en esta ciudad e instruido a los pies de Gamaliel según la observancia de la Ley patria» (Act. 22.3). Pero esas dos tradiciones culturales, muy corrientes por otra parte entre los judíos helenistas, no le impedía añadir una tercera condición, de la que se sentía igualmente orgulloso y era la de ser ciudadano romano, que incluso daba unidad y cohesión a las otras dos. San Pablo podría haber sido presentado a los emperadores Tiberio, Claudio o Nerón como modelo del ciudadano que estaban buscando ellos y todos sus sucesores: un ciudadano romano perfectamente integrado en el Estado que lo gobernaba y a la vez consciente de sus tradiciones diversas y de sus orígenes ancestrales, que no tenían que ser incompatibles con la condición jurídica adquirida. No en vano, una de las frases más famosas del Apóstol es el conocido texto de «ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (*Gálatas* 3, 28), en el que, de alguna manera, resuenan los ecos de la ecúmene romana, revestida con ropajes cristianos.

### 1. *A la búsqueda de la integración*

Han sido muchas las personas que a lo largo de los siglos se han preguntado por las razones del éxito de Roma. De cómo fue posible que una simple aldea, ubicada en sus orígenes en un espacio difícil y con enormes peligros en su entorno, llegara a generar un imperio que unió ante una misma autoridad a territorios tan distintos como los bañados por el Mediterráneo o por los grandes ríos del interior de Europa. Porque, como ha señalado muchas veces la investigación<sup>2</sup>, los logros de Roma no fueron meramente fruto de un ejército bien preparado o de dirigentes con la suficiente amplitud de miras para resolver en cada instante los problemas cotidianos. La unidad que consiguió Roma, y que duró como mínimo unos setecientos años –desde al siglo II a.C. hasta bien entrado el siglo V de nuestra era–, fue más bien fruto de la concordia y de la aceptación por los millones de habitantes del imperio de una realidad política beneficiosa para todos.

Es también uno de los rasgos más sorprendentes del pueblo romano la capacidad que siempre demostró de salir de las sucesivas crisis con fuerzas renovadas. Qué duda cabe que Roma estuvo a punto de sucumbir en varias ocasiones de su historia y de desaparecer como proyecto político, muchas veces debido a sus propios errores. La crisis final de la República, por ejemplo, fue tan grave y tan intensa que todavía hoy los especialistas se siguen preguntando cómo pudieron evitarse sus desastrosas consecuencias. En el ciclo de guerras civiles y de degeneración y desprestigio de las instituciones, se vio implicada la casi totalidad de la población, que fue sacrificada en aras de evidentes intereses particulares. Sin embargo, Roma logró superar la peor prueba de su historia debido a su gran flexibilidad.

Otra nota característica de la capacidad de organización y gobierno que demostró Roma fue su enorme flexibilidad, con la que logró muchos más éxitos políticos que con la

---

2. Lidia STORONI-MAZZOLANI, *L'idea di città nel mondo romano*, Firenze 1994, 162 pp.

fuerza de choque de sus legiones<sup>3</sup>. Porque lo que éstas consiguieron fue la creación de un gigantesco imperio que por su propia constitución repelía cualquier proyecto de unidad. Nada tenían en común un británico con un egipcio; un sirio o un balcánico con un hispano o un africano: cada uno con sus lenguas, tradiciones culturales e idiosincrasia tan dispares. Y sin embargo, Roma logró una convivencia pacífica entre todas sus regiones que no se basaba en el mero temor a las legiones, pues éstas se encontraban mayoritariamente en las fronteras, lejos de la vida cotidiana de los habitantes del imperio. La cuestión fundamental para entender los logros de Roma es preguntarse, ¿qué hizo a los habitantes de tantos territorios dispersos por una extensa geografía, dispar y contrapuesta, permeables a los paradigmas romanos?; ¿qué indujo, en definitiva, a las gentes del Mediterráneo más al acatamiento que a la rebelión?

La mayor parte de la investigación ha señalado que el principal motivo para ello fue el éxito de Roma en la extensión de los derechos de ciudadanía. Ya desde época republicana, la clase gobernante romana entendió que el poderoso imperio que habían generado se mantendría con mayor solidez convirtiendo a los vencidos en vencedores, en sumar más que en restar o en dividir. Roma premiaba con privilegios a aquellos que aceptaban su soberanía, hasta lograr la total integración en su cuerpo cívico de los que tiempo atrás se contaban entre sus enemigos. Este proceso, muy estudiado por otra parte, se generalizó durante el Principado hasta concluir en el 212 con la *Constitutio Antoniniana* y la definitiva desaparición de las diferencias legales entre la población libre del imperio. Pero también muchos otros autores se han preguntado hasta qué punto la atracción que en algunos supuso el estatuto de *civis romanus* pudo mantener unido un imperio en donde coexistían gentes para las que Roma era una idea vaga y lejana en sus vidas<sup>4</sup>; y si, en segundo lugar, el deseo de tener una única ley es razón suficiente para mantener la unidad en torno a la romanización. O dicho de otra manera, ¿qué peso real tenía en la personalidad de San Pablo su condición de ciudadano romano, frente a la tradición griega y hebrea que habían sido los fundamentos de su formación? De tal manera que volveríamos a preguntarnos: ¿qué hizo tan atractiva a Roma?, ¿sólo el derecho o algo más? Roma no podía ofrecer lo mismo, por ejemplo, a Occidente que a Oriente: lo que ofrecía a los primeros –ciudades y organización– no se lo podía ofrecer a los griegos. ¿Qué hizo que las viejas metrópolis helénicas, llenas de prestigio y orgullo, aceptaran una convivencia y un *consensus* que sólo le reportarían ventajas parciales?

Qué duda cabe que, a diferencia de la República, la instauración del régimen imperial supuso un notable avance en la integración y en la cohesión de todos los pueblos del Mediterráneo. Como se ha señalado con mucha frecuencia<sup>5</sup>, Augusto y sus sucesores no fueron únicamente los responsables de la extensión de la ciudadanía romana a todos los habitantes del imperio, sino que dichos gobernantes se esforzaron por facilitar la integración y la promoción social real, sin la cual la jurídica se hubiera quedado en papel mojado. Para ello Roma facilitó que gentes de toda procedencia tuvieran fácil acceso a todos los niveles

---

3. Giovannella CRESCI MARRONE, *Ecumene Augustea: una politica per il consenso*, Roma 1993, 327 pp.

4. Karl GALINSKY, *Augustan Culture, an interpretative introduction*, Princeton 1996, 474 pp.

5. Fergus MILLER, *The Emperor, the Senate and the Provinces*, «The Journal of Roman Studies», 56 (1966) 156.

sociales, e incluso hasta el Senado, formando parte así de las elites y de una clase gobernante plural y rica, como tal era el nuevo imperio que se estaba formado. Así, desde Tiberio en adelante, la vieja aristocracia itálica irá dejando sitio a nuevas familias, ambiciosas y preparadas, que, procedentes de todas las provincias, aspirarán a gobernar *de facto* junto al emperador los destinos de sus conciudadanos.

Sin ninguna duda, es el surgimiento de las aristocracias provinciales y su acceso a los órganos de poder en Urbe, el tema en el que más energías han volcado los historiadores de todos los tiempos pues en él se condensa buena parte de lo que fue Roma. Durante la República fueron pocos los oligarcas provinciales que lograron abrirse camino en el seno de la ambiciosa aristocracia romana; la mayoría de los que lo lograron lo hicieron con Julio César, siendo habitual que fueran los descendientes de antiguos emigrantes romanos o itálicos que regresaban ahora a Italia con mejores condiciones económicas y sociales tras haber abandonado la Península en las fases de conquista. Augusto no hizo ningún esfuerzo especial en esta dirección, siendo la mayoría de su clase dirigente originaria de la Galia Cisalpina<sup>6</sup>. Será realmente con Tiberio cuando se produzca una decisiva entrada de provinciales en los órganos de gobierno romanos. Personajes ilustres de la Bética y de la Narbonense abrirán un camino que pronto recorrerán las oligarquías procedentes de la mayor parte de las ciudades del Imperio romano. El final del reinado de Nerón y la crisis del 68-69 supuso una nueva oportunidad. En esos años muchos hispanos se incorporan al Senado gracias al apoyo mayoritario de estas provincias a Vespasiano, pero también se sumarán los africanos y, sobre todo, los primeros aristócratas de lengua griega: la mayor parte de ellos habían alcanzado la ciudadanía romana con Tiberio o con Claudio y ahora se esfuerzan en emular a sus antiguos conquistadores. A partir de Domiciano este proceso está ya confirmado y será el momento para que la aristocracia de las ciudades de Asia, Galacia o Siria comiencen a influir en la política general de todo el imperio<sup>7</sup>.

En este proceso se completaba uno de los logros más notables de la sociedad romana. Ésta era básicamente aristocrática, lo que no quiere decir inmovilista, ya que también sabía valorar los méritos y la capacidad de liderazgo de sus individuos. Ello implicaba que todo aquel deseo de promocionar, de mejorar su posición social tenía los mecanismos y posibilidades para ello. Cualquier familia rica, con prestigio y posición en la ciudad de la que fuera originaria, siempre podía aspirar a un mayor ascenso social. Para ello podía trasladarse a Roma y entrar en contacto con senadores y caballeros próximos al emperador que se encargarían de obtener de éste puestos en la administración donde hacer valer sus posibilidades. El paso del tiempo y el eficaz servicio al emperador hacían el resto. Posiblemente ésta fue la historia de muchas familias senatoriales de origen provincial que tras haber progresado en su ciudad originaria, se habían sentido con fuerzas para vuelos más altos.

Tal es la situación de la aristocracia de origen oriental y de lengua griega. Como ya hemos señalado antes, no deja de ser una enorme sorpresa que los habitantes de prestigiosas ciudades como Atenas, Éfeso, Antioquía, Alejandría, etc., se sintieran fuertemente atraídos

---

6. Timothy WISEMAN en *New Men in the Roman Senate*, Oxford 1971, 325 pp.

7. Werner ECK, *Senatoren von Vespasian bis Hadrian*, Munich 1970, 248 pp.

por la unidad y el gobierno que les ofrecía Roma. Su integración en el imperio romano en el siglo I no era ya la consecuencia fatalista ante unas legiones romanas prácticamente invencibles. Las oligarquías de las ciudades de Oriente no se integraron porque no tenían más remedio, como un filósofo estoico aceptaba lo inevitable. En los años en que San Pablo predicó por la cuenca del Mar Egeo, las elites urbanas a las que él se dirigía estaban aceptando la integración romana, compitiendo entre ellas por lograr mejores procesos de promoción. En dicha promoción, el objetivo último era alcanzar la cercanía al emperador y ello implicaba acceder al orden senatorial, previo paso por el ecuestre y el ejercicio de importantes cargos procuratorios.

El acceso al *ordo* senatorial de gentes procedentes de Oriente está relativamente bien estudiado<sup>8</sup>. El primer senador de origen griego fue Q. Pompeius Macer, nieto de Téofanes de Mitilene, que accedió al Senado con el emperador Tiberio<sup>9</sup>. Durante buena parte de la dinastía Julio-Claudia apenas se dan incorporaciones al *ordo*: las únicas que se realizan son las de antiguos emigrantes itálicos: en general veteranos asentados en las colonias fundadas por Augusto en Oriente: Antioquía de Pisidia, Alejandría de Troas o Apamea. Uno de estos primeros senadores fue Sergio Paulo, el procónsul de Creta al que Pablo y Bernabé convirtieron al cristianismo en torno al año 45 ó 46. Sergio Paulo pertenecía a una familia de origen itálico que fue asentada en Antioquía de Pisidia por Augusto cuando refundó la ciudad con veteranos de las guerras civiles. Esta ciudad fue de las pocas plenamente latinas en el mundo de lengua griega que caracterizaba a la Península de Anatolia. El gobernador de Chipre fue el primer miembro de su familia en acceder al Senado y tuvo un papel relativamente modesto en la administración del Estado romano. Tanto su hijo del mismo nombre como su hija están perfectamente atestiguados en Antioquía de Pisidia a través de diversas inscripciones.

Sergio Paulo era, sin duda el típico personaje del momento: de ascendencia latina, pero buen conocedor del griego para poder gobernar Chipre. Intelectualmente inquieto, con tendencias a la superstición: le gustaba frecuentar a los adivinos para conocer el futuro. Sin duda se convirtió en un firme apoyo para la expansión de la fe, pues sus conciudadanos de Antioquía de Pisidia y de Perge aceptaron la predicación del Apóstol con rapidez y entusiasmo. De hecho fue en la capital de Pisidia donde San Pablo y Bernabé se dirigieron por primera vez abiertamente a los gentiles, a ciudadanos romanos de lengua latina, descendientes de los primeros fundadores itálicos: «y la palabra del Señor se difundía por toda la región» (Act. 13.49).

Pero mientras este proceso de promoción hacia los primeros puestos de la sociedad romana se estaba dando entre los descendientes de itálicos nacidos en Oriente, entre los griegos de ascendencia local se estaba produciendo el acceso a la ciudadanía romana, o lo que es lo mismo se encontraban en los primeros escalones de la promoción. Será a partir de la guerra

---

8. Helmut HALFMANN, *Die Senatoren aus dem östlichen Teil des Imperium Romanum bis zum Ende des 2. Jh. n. chr.*, Göttingen 1979, 234 pp.; J.H. OLIVER, *Roman Senators from Greece and Macedonia*, en «Epigrafiya e Ordine Senatorio» (Tituli 5), Roma 1982, pp. 583-602; G. BOWERSOCK, *Augustus and the East: the problem of the succession*, en «Caesar Augustus. Seven Aspects», Nueva York 1990, pp. 169-188.

9. Wolfgang ORTH, *Die Provinzialpolitik des Tiberius*, Munich 1970, 144 pp.

civil del 69 cuando se generen nuevas oportunidades para familias ya preparadas. Vespasiano en persona promocionó a tres senadores orientales que habían servido a sus órdenes como caballeros: dos de ascendencia latina, hijos de antiguos veteranos como C. Caristianus Fronto, de Antioquía de Pisidia y Longus, de la ciudad de Apamea, y a un auténtico griego, Ti. Iulius Celsus Polemaeanus, natural de Sardes. Tras la censura conjunta de Vespasiano y Tito el año 73-74 comenzarán a ingresar nuevos personajes, en un proceso que no parará durante más de un siglo. Es este momento, reinados de Vespasiano y Domiciano, a través de la concesión del *latus clavus* o de *adlectiones*, ingresarán en el senado dos tipos de familias griegas: por un lado, los descendientes de dinastías reales que habían gobernado Oriente en las décadas anteriores como vasallos de Roma y, en segundo lugar, familias extraídas de las oligarquías locales de Grecia y Asia Menor. Notables ejemplos de descendientes de reyes helenísticos son los senadores C. Iulius Bassus y C. Antius A. Iulius Quadratus, emparentados con los reyes de Pérgamo; C. Iulius Eurycles, descendiente de los reyes de Esparta; C. Iulius Maximus Mucianus, vinculado a la casa real de Tracia; el prestigioso senador C. Iulius Severus descendía de los reyes que habían gobernado Galacia y C. Iulius Antiochus Epiphanes Philopappus, lo era a su vez de los reyes de Comangene. A comienzos del siglo segundo será el momento para las oligarquías urbanas del Mediterráneo oriental, que empezarán a enviar de modo constante a sus representantes a Roma, para gobernar junto al monarca los destinos del Imperio<sup>10</sup>.

La integración en la administración del Imperio fue rápida<sup>11</sup>. Los distintos emperadores utilizaron mayormente a los senadores griegos para el gobierno de las provincias orientales, donde el manejo fluido de esta lengua era un requisito indispensable. Es quizás por ello por lo que sean tan abundantes los testimonios de estas familias en Oriente y en sus antiguas ciudades originarias; los frecuentes traslados de una provincia a otra permitirían visitas y contactos que mantendrían viva la memoria de unos orígenes pasados. Sin embargo, la investigación también ha llamado la atención sobre el hecho de que la mayor parte de los senadores orientales se enterraron en la propia Urbe, prefiriendo este lugar para su monumento funerario que el que habían utilizado sus antepasados. No cabe duda de que la aristocracia oriental siguió mayoritariamente los moldes ideológicos de colegas de origen latino, y asentaron su residencia en Roma como era lo habitual. Ello no implicaba que se olvidaran completamente de dónde procedían sus orígenes.

## *2. La ecúmene romana: un proyecto político de gran envergadura*

Para concluir con todas las ideas que se han vertido hasta ahora, merecería la pena que volviéramos a preguntarnos por cuáles fueron los medios que Roma empleó para integrar a poblaciones tan distintas, y especialmente a las del mundo helenístico, en un Imperio tan complejo como el que crearon los romanos.

---

10. Maurice SARTRE, *El oriente romano. Provincias y sociedades provinciales del Mediterráneo Oriental, de Augusto a los Severos (31 a.C.-235 d.C.)*, Madrid 1994, 672 pp.

11. Geza ALFÖLDY, *Konsulat und Senatorenstand unter den Antoninen*, Bonn 1977, 430 pp.; Paul LEUNISSEN, *Konsuln und Konsulare (180-235 n. Chr.)*, Amsterdam 1989, 490 pp.

Uno de los factores fundamentales que atrajeron a los griegos a asumir el proyecto político que era Roma, fue que el Imperio les permitía desarrollar plenamente su cultura<sup>12</sup>. No sería lógico opinar, que la atracción que ejerció Roma sobre Oriente fue la misma que sobre Occidente. Aquí, la labor de Roma fue la de introducir la civilización y hacer recuperar a sus habitantes el tiempo histórico perdido. Por ello, para tantos provinciales de lengua latina el acceso a la ciudadanía, el sentirse parte de una *koiné* mucho mayor y prestigiosa, podía ser causa suficiente. Pero para los griegos el planteamiento no podía ser el mismo. Roma no había aportado civilización y cultura a esta parte del Mediterráneo, y podría parecer difícil convencer a un ciudadano de Pérgamo, Mileto o Esparta de que abandonaran la memoria de sus antepasados y aceptaran la ciudadanía de una polis, poderosa sí, pero que no podía competir en glorias con aquellas a las que ellos pertenecían.

¿Qué podía ofrecerles entonces Roma? Algo de lo que los griegos estaban necesitados: estabilidad y desarrollo económico. Como es bien sabido, la historia de los griegos había sido la historia de la violencia: como en ninguna otra civilización, entre los griegos se combinaron sorprendentemente guerra y cultura. Las polis griegas vivían en permanente conflicto, hecho que, incluso se agravó cuando se impusieron los reyes helenísticos. Roma en cambio había traído, sobre todo a partir de Augusto, una nueva oportunidad; una *pax* generalizada que nunca había llegado a conocer realmente la cuenca del Mediterráneo. Con la paz llegó también el desarrollo económico y la posibilidad de que las grandes metrópolis helenísticas pudieran embellecerse y expandirse como nunca. De hecho será durante la dominación romana cuando el helenismo explote en todas sus posibilidades. Esto sí que podía afirmar la lealtad de los griegos y aceptar un régimen extraño que les permitía desenvolver su propia identidad. Pero sin olvidar esto, a mi parecer a lo largo del siglo primero se produjo otro fenómeno que tuvo mayores consecuencias, y que apuntaló definitivamente los procesos de integración, y que podría resumirse en una nueva concepción del imperialismo romano<sup>13</sup>.

A todos los especialistas y curiosos de la Historia de Roma no ha dejado nunca de impresionar la rapidez y eficacia con la que Roma se expandió, primero por Italia y luego por todo el Mediterráneo. Las explicaciones a este fenómeno han sido múltiples, para unos la búsqueda de espacios de seguridad ante el temor, real o ficticio, de un enemigo próximo, como pudo ser Cartago. Para otros, sería el ansia de botín, la ambición de gloria y poder de la aristocracia romana, el deseo de emular, también en las glorias militares a los griegos; el propio sistema social, en fin, censitario y clientelar que veía en el ejército la mejor forma de manifestarse. No es mi propósito resolver ahora estas cuestiones, sino más bien preguntarme si entre la República y el Imperio hubo algún cambio sustancial, que de alguna manera pudo afectar a los procesos de integración.

Roma inició la formación de su imperio propiamente a partir del siglo II a.C. La derrota de Cartago y de los reinos helenísticos abrió la oportunidad a los romanos de gobernar

---

12. Erich GRUEN, *Culture and National Identity*, Londres 1993, 347 pp; Mario PANI, *La politica in Roma antica: cultura e prassi*, Roma 1997, 304 pp.; Benhard LINKE, Michael STEMLER (Hrsg.), *Mos maiorum: Untersuchungen zu den Formen der Identitätsstiftung und Stabilisierung in der römischen Republik*, Stuttgart 2000, 319 pp.

13. Peter BRUNT, *Roman Imperial Illusions*, «Roman Imperial Themes», Oxford 1990, pp. 433-480.

extensas y ricas superficies y a millones de personas. Las escasas fuentes del momento apenas permiten vislumbrar qué motivaba exactamente esa expansión tan asombrosa.

Si hubiera que definir en pocas palabras en qué consistió el imperialismo romano de la primera hora, habría que decir que se basaba en el principio de expansión universal y en la concepción de la ciudad de Roma como *caput imperii*. Las conquistas militares se hicieron sin un plan configurado previamente, sin una reflexión profunda sobre las necesidades reales y los medios para solventarlas. Para la mentalidad romana el mundo acababa dividiéndose en dos, las tierras conquistadas y aquellas que todavía no lo estaban. Por ello las conquistas tenían que continuar, según la concepción tan ciceroniana de la *prorrogatio imperii*<sup>14</sup>, hasta alcanzar todo el *orbis terrarum*: nuevos países fabulosos y el confin de la tierra como Britania, la India y el mundo asiático. Podría decirse que la expansión militar no tenía como fin un espacio físico, como sucedió con Alejandro, sino unos límites seguros, donde defender lo ya adquirido. En segundo lugar, también en la República se pensaba que el gobierno del mundo no implicaba necesariamente su buena gestión, sino que la posesión de innumerables tierras era la mayor manifestación de ejercicio del poder. Por ello el Senado y la aristocracia romana no sintieron la necesidad de transformar las viejas instituciones de la ciudad de Roma, nacidas con la polis en el conflicto patricio plebeyo, para adaptarlas al gobierno del mundo<sup>15</sup>. Roma era el *caput imperii* y por ello los nuevos espacios conquistados debían amoldarse a Roma, y no Roma transformarse con las nuevas circunstancias de la expansión. Este sentimiento de superioridad y la consecuente falta de flexibilidad estuvieron a punto de hacer naufragar al pueblo romano en un ciclo de cruentas guerras civiles.

Sin embargo, la llegada de Augusto al poder y la instalación de un nuevo régimen fue el comienzo de profundos cambios<sup>16</sup>. Él heredó la concepción de la expansión sin límites hasta abarcar el *orbis terrarum*, y durante los años de su gobierno innumerables autores celebraron sus éxitos militares como la confirmación de las posibilidades ilimitadas de esa expansión. Tanto Virgilio<sup>17</sup> como Horacio cantarán la extensión de la fama y el poder de Roma desde el nacimiento del sol hasta su ocaso<sup>18</sup>, en la misma línea argumental a la que se sumará Tito Livio<sup>19</sup>, e incluso Vitrubio, que aludiendo a Augusto señalaba que tras Actium

---

14. Cic. Pro Rosc. Am. 50; Phil. 5.47; Cat. 3.26; pro Sest. 67; de prov. cons. 30; pro Balb. 64.

15. Luciano PERELLI, *Il pensiero politico di Cicerone: tra filosofia greca e ideologia aristocratica romana*, Firenze 1990, 220 pp.

16. Kurt RAAFLAUB y Mark TOHER (eds.), *Between Republic and Empire: interpretation of Augustus and his principate*, Berkeley 1990, 495 pp.

17. Virg. Aen. I. 282: *mecumque fovebit Romanos, rerum dominos gentemque togatam*. VIII. 720-731: final de la descripción del escudo de Eneas, aparece Augusto pasando revista a todos los pueblos sometidos tras la batalla de Actium.

18. Hor. Carm. iv.15.12: *per quas Latinum nomen et Italae crevere vires, famaue et imperi prorrec-ta maiestas ad ortus solis ab Hesperio cubili*.

19. Catón antes de la batalla de las Termópilas arenga a sus soldados: «Y después abriréis al dominio de Roma, Asia y Siria y todos los riquísimos reinos que hay hasta donde nace el sol. ¿Qué faltará a partir de entonces para que desde Cádiz hasta el Mar Rojo tengamos como límite el Océano que abraza y delimita el orbe entero, y para que todo el género humano reverencie después de los dioses, el nombre de Roma?»

una *divina mens et numen*, ha conquistado todo el mundo conocido<sup>20</sup>. Por último baste aludir al propio Augusto que inició el relato de sus hazañas con la famosa frase de *Rerum gestarum divi Augusti, quibus orbem terrarum imperio populi Romani subiecit*.

En cambio donde Augusto sí supo reaccionar fue en acabar con la administración cívica del Imperio, o sea con el mantenimiento de unas formas de poder anticuadas, basadas en el juego de intereses aristocráticos en torno a unas magistraturas caducas e inservibles. Para ello generó una auténtica administración imperial para el gobierno del mundo, que pronto mostraría su enorme eficacia para bien de todo el imperio<sup>21</sup>.

Pero la *pax romana*, la extensión de la ciudadanía, los procesos de integración social, una nueva administración bien gestionada, etc., comenzaron a producir un profundo cambio en la concepción imperialista de Roma y en consecuencia en la actitud ante los provinciales. La primera voz que aportó una alternativa fue la de Estrabón que pensaba que la guerra no debería ser un fin en sí mismo, sino a lo sumo un mal necesario, motivada únicamente por las necesidades de defensa, y celebraba que Augusto no continuara marchando al otro lado del Rin o que no conquistara Britania<sup>22</sup>. Estrabón pensaba que a veces las conquistas producen gastos aún mayores que los beneficios que se procuran percibir. En esta línea distinta, que sugiere poner fin a los procesos de conquista, y acabar con la visión romana de una *prorrogatio imperii* sin límites, se sumarán pronto otros autores como Velleius Paterculus (2.40.1), Dionisio de Halicarnaso o incluso el propio Séneca (Dial. 1.4.14).

Aunque todos los emperadores del siglo I continuaron la expansión de Roma incorporando nuevos territorios cada vez más lejanos, entre la intelectualidad romana se percibe un cambio sustancial<sup>23</sup>. Con el correr de los años, cada vez se fue generalizando la conciencia de que Roma había alcanzado sus límites naturales, que había que mantener y defender por todos los medios posibles y que no tenían sentido seguir pretendiendo una expansión universal. A la par, y como consecuencia lógica, irá naciendo la conciencia de que el imperio romano forma una unidad, con unos límites seguros, y unas características que lo hacen especialmente distinto de aquellos pueblos que lo rodean. Se produce pues una transformación en el pensamiento romano, en la dirección de una mayor integración interior, también de tipo cultural. Los pueblos bárbaros no serán nunca más gentes a los que todavía no ha llegado el poder de Roma, sino un mundo esencialmente distinto al del romano, y que habita más allá de sus fronteras. Por ello el historiador Floro, a comienzos del siglo II, pudo señalar de los sármatas: «Ellos no tienen nada, excepto nieve, escarcha y bosques. Son tan bárbaros que están imposibilitados de entender lo que es la paz»<sup>24</sup>.

---

20. Vitrub. 1, praef. 1: *Cum divina tua mens et numen, imperator Caesar, imperio potiretur orbis terrarum*.

21. Karin SION-JENKIS, *Von der Republik zum Prinzipat: Ursachen für den Verfassungswechsel in Rom im historischen Denken der Antike*, Stuttgart 2000, 250 pp.

22. Str. Geog. V.85 (Germania); IV.5.3 (Britania); cfr. VI.4.2; 17.3.24.

23. Clifför ANDO, *Imperial Ideology and Provincial Loyalty in the Roman Empire*, Berkeley 2000, 494 pp.

24. Flor. II.29: *Nihil praeter nives pruinasque et silvas habent; tanta barbaria est ut nec intellegant pacem*.

Será definitivamente Adriano el que ponga fin a esta división del imperio entre pueblos conquistados y pueblos por conquistar. Él fija por primera vez de modo oficial los límites del imperio. De esta manera se reafirman las tesis de Estrabón, ya que a partir de ahora todos los que aprecian el mundo romano viven dentro de sus fronteras. Con el emperador hispano, la mentalidad de Roma hacia el exterior, que había estado evolucionando, se confirma plenamente. Y es que Adriano supuso la culminación de un proceso y no sólo un cambio de rumbo en cuanto a la estrategia militar.

La fijación de unas fronteras estables contribuyó a consolidar unas señas de identidad de las que el imperio romano estaba necesitado. Muchos intelectuales griegos como Elio Aristides o Apiano, dejarán de hablar del «mundo romano» para pasar a hablar de «nuestro mundo»; el Imperio será tenido como algo tan propio que para aludirlo usarán la primera persona del plural y no ya la tercera<sup>25</sup>. A partir de ese momento las fuentes distinguirán claramente entre los de dentro del imperio y los de fuera, provocando que el viejo concepto de *orbis terrarum* acabe convirtiéndose en sinónimo de *orbis romanus*.

Es a mi entender este proceso profundo y general del imperio el que ayudó a conseguir la definitiva e irreversible integración del mundo griego en el *orbis romanus*. A partir de comienzos del siglo segundo cualquier habitante del Imperio podía sentirse orgullo de formar parte de una ecúmene, integrada por aquellos que recibían los muchos beneficios del imperio, esto es, los romanos<sup>26</sup>. Por ello, no será hasta este siglo segundo cuando las oligarquías orientales decidan jugar al ciento por ciento en el tablero de la integración y de la promoción.

Francisco Javier Navarro  
Universidad de Navarra  
Departamento de Historia  
E-31080 Pamplona  
jnavarro@unav.es

---

25. Elio Aristides señalaba que si el Imperio tiene fronteras, eso no es motivo de censura ya que es el resultado de que Roma ha decidido que no eran dignos de ser conquistado, y de hecho son unos desafortunados por no poder disfrutar de la bendición de la paz romana.

26. Luciana AIGNER FORESTI (ed.), *L'ecumenismo politico nella coscienza dell'Occidente*, Bergamo, 18-21 settembre 1995, Roma 1998, 404 pp.